RAFAEL ALBERTI

# TEATRO

## EL HOMBRE DESHABITADO

EDITORIAL LOSADA, S. A.
*BUENOS AIRES*

RAFAEL ALBERTI

# TEATRO

*EL HOMBRE DESHABITADO*

*TERCERA EDICION*

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1950.

Primera edición: 12 - VI - 1950
Segunda edición: 15 - VI - 1956
Tercera edición: 10 - XII - 1959

*PRINTED IN ARGENTINA*

Este libro se terminó de imprimir el día 10 de diciembre de 1959, en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, S. A. Ameghino 838, Avellaneda - Bs. Aires.

# EL HOMBRE DESHABITADO

*(Auto en un prólogo, un acto y un epílogo)*

1930

*Estrenado en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, en 1931.*

## PERSONAJES

El hombre = El caballero

El vigilante nocturno

Los cinco sentidos:

- La Vista
- El Oído
- El Olfato
- El Gusto
- El Tacto

La muchacha = La mujer

La tentación

Criado 1

Criado 2

Dos buzos del subsuelo

Voces

# PRÓLOGO

DECORACIÓN: *En el centro de la escena, y en primer término, la gran boca cerrada de una alcantarilla. A su derecha, y al borde, clavados en la tierra, tres hierros retorcidos, unidos por un cordel. (El más próximo a la alcantarilla tendrá atado en la punta un trapajo blanquecino.) Sobre un montón de ladrillos, y en medio del triángulo que forman estos tres hierros, un farolillo rojo de luz parpadeante. Al lado izquierdo de la escena, sobre una plancha de acero con ruedas, un gran cono de carbón. Y al derecho, sobre una tabla, una gran pirámide de cal. Ambos montones, clavados de palas. Esparcidos por distintos lugares, cinco toneles, polvorientos, y piquetas, martillos, cubos, sacos, pedazos de raíles, etc. En penúltimo término, y haciendo bocacalle, dos vallas: una de latones mohosos y otra de maderas destrozadas. Contra el fondo negro, un poste medio tumbado, de luz eléctrica, del que pende un largo cable roto.*

*Al abrirse el telón, se oye el silencio nocturno, lleno de ruidos lejanos. De pronto, silencio absoluto. Sola, se abre la boca de hierro de la alcantarilla, y, de uno en uno, escupe cuatro o cinco adoquines. A continuación sube un buzo del subsuelo, coge una piqueta, un cubo y se va. Luego, otro que hace lo mismo, y se va también. Vuelve a escupir la boca de la alcantarilla tres o cuatro adoquines. Y, tras el resplandor mortecino de una luz de acetileno, asciende, torpe, inflada hasta la exageración su máscara de buzo,* EL HOMBRE DESHABITADO. *Se sienta junto al pozo, al lado de la luz.*

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¡Sombras, sombras, sombras por todas partes! Arriba y abajo. Oscuridades llenas de aguas corrompidas,

tubos rotos, martillazos, silbidos y humedades eternas. O tinieblas inundadas de carbones, cales, tubos fríos, tablas rotas... (*Se despereza. Al caer sus brazos, sus manos enguantadas tropiezan sordamente contra los adoquines dispersos. Toma uno.*) ¡Ah! En todas partes tú, piedra violenta, duro martirio de los hombres subterráneos. No te quiero. Vete lejos de mí, lejos, adonde mis manos no puedan resquebrajarse contra tus malas aristas. (*Lo arroja a distancia.*) Voy a dormirme. (*Apaga la luz de carburo, vuelve a desperezarse, desinflándose con un largo, opaco pitido y se duerme. El trapajo blanquecino pendiente del hierro contorsionado, se levanta movido por el aire de un ventilador oculto. Por el fondo, tiznada la careta, bajo una capirucha de hule, entra* EL VIGILANTE NOCTURNO.)

EL VIGILANTE NOCTURNO (*enfocando a* EL HOMBRE *la luz blanca de una linterna y dándole con el pie*). — Buenas noches. (EL HOMBRE *ronca.* EL VIGILANTE *vuelve a puntearle con violencia.*) He dicho que buenas noches.

EL HOMBRE DESHABITADO (*sin moverse*). — ¡Ah!, eres tú. Otra sombra que viene a golpear mi cansancio. Véte. No quiero darte las buenas noches, porque todas son malas. Déjame dormir.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Esto sales perdiendo: no sabes quién soy.

EL HOMBRE DESHABITADO. — Un ave nocturna con un solo ojo luminoso para turbar el sueño de un hombre.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — De un hombre deshabitado, que no quiere ver la luz.

EL HOMBRE DESHABITADO. — La única que conozco no puede ser más desagradable ni hacer más daño a la vista. Si acaso existe otra, tú lo sabrás. En cuanto a eso de que soy un hombre deshabitado... Explícame... No lo comprendo.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Verás. (*Apaga su linterna, amontona los adoquines esparcidos y se sienta.*) Un hombre deshabitado es como un saco vacío, como la funda vacía de una espada, que necesitan llenarse de carbón o de acero para poder siquiera estar de pie.

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¡Bah! Vienes a decirme que soy un pellejo sin aire.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Algo menos: un cuero sucio, despoblado. Ciudades, naciones enteras, se mueren rebosadas de hombres como tú: trajes huecos que no desean nada, movidos tan sólo pro un aburrimiento sin rumbo. Mira. *(Prolonga una luz amarilla de su linterna, y enfocándola hacia el ángulo superior derecho de uno de los batidores del fondo, aparece la esquina de una calle cualquiera.)* ¿Ves? Esta esquina van a doblarla hombres y mujeres sin vida, muertos de pie, que andan a tropezones por todas las calles del Universo. *(Sin pisar. pasan pendientes de un alambre, trajes vacíos, fláccidos, de señoras, de caballeros, militares, curas, jóvenes, niños, colgados de caretas horribles, pintadas, con ojos y sin ellos. Carrusel triste, silencioso, sin orden.)* Humanidad hastiada, viviendas vacías, repintadas por fuera para disimular el abandono y oscuridad en que viven por dentro. Todo lo que desfila por esta calle del mundo es un páramo, un desierto movido por el frío. Faldas, chaquetas, sombreros, pantalones, máscaras lívidas, pertenecientes a mujeres y hombres deshabitados como tú. Ninguno sabe nada, ninguno desea nada, ninguno ve nada. Tropiezan diariamente los unos contra los otros. Se dan codazos, pisotones, y maldicen a media voz, pero nunca jamás se insultan. Son cobardes y feos, feos, hasta el espanto. Aquellos afirman que es una mujer. Y que es joven y que además es guapa. Pero yo te digo que es sólo el molde hueco de una careta de albayalde. Aquello otro que parece el ramajo seco de un árbol, aseguran que es un anciano y que es noble y hermoso. Pero no hagas caso: es solamente unas podridas barbas de estopa, que hasta el mismo fuego desprecia. Un muchacho, un adolescente, dicen que es aquello que ahora va a doblar la esquina. Y yo te juro que es sólo una chaqueta, un traje ciego, sin camino. En esta calle helada nadie tiene memoria. Todos la han perdido. Es como un duelo hacia la muerte de maniquíes sonámbulos, olvidados de su alma. *(Apaga la linterna y la calle desaparece.)* ¿Viste? Habla. ¿Por qué no contestas?

EL HOMBRE DESHABITADO. — Porque hasta poblado mi sueño de fantasmas incomprensibles.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Uno de esos fantasmas es el tuyo.

EL HOMBRE DESHABITADO. — Me dices y me enseñas cosas terribles que mi cansancio no intenta descifrar.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Porque ya te lo dije antes: eres un hombre deshabitado, sin memoria, sin alma, como esos que hace un momento han desfilado por tus ojos.

EL HOMBRE DESHABITADO. — Sin memoria... sin alma... Yo no sé lo que quieres decirme. Yo soy un hombre del subsuelo, una sombra que se ha movido siempre entre tinieblas y aguas corrompidas. Vienes a despertarme con visiones y palabras que para mí no tienen sentido: la luz... la memoria... el alma... el alma... el alma... ¿Qué es eso?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Algo que tú y esa gente que has visto necesitáis.

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¿Y cómo es?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Como tú quieras que sea.

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¿Y dónde está?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Allá lejos, en un lugar recóndito de la atmósfera. Míralo. (*Proyecta una luz verde de su linterna y hacia el ángulo superior izquierdo de uno de los bastidores del fondo, aparecen las almas de los hombres: blancos moldes de escayola, de distintos tamaños, mudos y oscilantes, igual que péndulos.*) Éste es el lugar de las almas de los hombres deshabitados. Una de éstas es la tuya. Viven extáticas, aburridas, esperando algunas volver al cuerpo que las despreció, que las olvidó, o que jamás quiso recibirlas. Otras, las más viejas, aguardan ansiosamente la muerte de ese cuerpo que les pertenecía y no pudieron habitar. Son las más tristes. Penan porque saben que en el mundo les corresponde una vivienda, una casa que les cerró sus puertas injustamente, dejándolas al albedrío de las oscuridades yertas de la noche. Míralas bien. ¡Levántate, hombre perezoso, hombre deshabitado, y ten piedad de tu alma! ¡Llámala! ¡Grítale! ¡Suplícale que descienda hasta tu cuerpo! Dale lo que le pertenece, lo que es suyo. ¡Pronto! Y yo te prometo liberarte de ese sótano, de esa funda que cohibe tu vida, para hacerte el más feliz de los hombres.

EL HOMBRE DESHABITADO (*levantándose torpemente y avanzando*

*unos pasos hacia el lugar de las almas).* — No sé cual es la mía. Creo que nunca la tuve. Enséñamela tú.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Tu alma es aquella que se hastía entre las más jóvenes.

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¿Y cómo la llamo? ¿Cómo le digo que venga a mí? Seguramente no querrá descender hasta un saco tan miserable.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Basta con que la desees en tu corazón.

EL HOMBRE DESHABITADO. — ¿Y seré feliz? ¿No me engañas?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Y serás feliz, te lo juro.

EL HOMBRE DESHABITADO *(como dormido).* — Te deseo... te deseo... Baja... ven... ven... ven.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(Apaga la linterna y el lugar de las almas desaparece. Con unas grandes tijeras abre el traje del buzo y sale de él, vestido de frac, un* CABALLERO: *joven, máscara pálida y bigotillo negro).* — Buenas noches. ¿Quién es usted?

EL CABALLERO. — Pues... no lo sé.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Cómo se llama?

EL CABALLERO. — Pues... tampoco lo sé.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Qué hace aquí a estas horas, en una noche tan fría?

EL CABALLERO. — Lo ignoro.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Qué desea usted?

EL CABALLERO. — Nada.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Qué ve usted?

EL CABALLERO. — Nada.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Oye usted algo?

EL CABALLERO. — No oigo nada.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(tomándole una mano bruscamente y dejándosela).* — ¿Siente usted algo?

EL CABALLERO. — No siento nada.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Ni ve, ni oye, ni entiende. *(Al público.)* Claro, señoras y señores, está muy claro. Este caballero es un alma encerrada dentro de un cuerpo en el que no se han despertado todavía los cinco sentidos: ver, oír, oler, gustar y tocar. *(Al ir pronunciando estas cinco palabras, manda un rayo de luz de su linterna a cada uno de los cinco toneles dispersos por el*

*escenario, y los cinco sentidos asoman las cabezas.* LA VISTA *es un monstruo todo lleno de ojos;* EL OÍDO, *todo lleno de orejas;* EL OLFATO, *de narices;* EL GUSTO, *de bocas, y* EL TACTO, *de manos.)* Y yo voy a despertárselos. Con ellos le abro a su alma cinco grandes balcones para que pueda asomarse al mundo. Abramos el primero. Usted, caballero, naturalmente, nunca ha visto una estrella. Todavía está usted como un recién nacido que no ha abierto los ojos. Pues yo, ahora mismo, voy a concederle el sentido de la vista por medio de una estrella. Mírela. *(Enfoca la linterna contra el telón del fondo y en lo alto se enciende una.)*

EL CABALLERO. — ¡Oh!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Es hermosa, la más grande del cielo. Se ha iluminado para usted solo. Contémplela. Mírela y aprendasela de memoria. Existen otras, menores, *(se van encendiendo.)* ya agrupadas en formas caprichosas, o solas, vagabundas, errantes por el firmamento. Amigo mío, está usted en presencia de las esferas celestes. Sus ojos se han abierto a los astros.

EL CABALLERO. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Pero lo que usted pisa, caballero, es la tierra. Esto. *(Le enseña los terrenos removidos.)* No lo olvide.

EL CABALLERO. — No sé lo que es esto.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Pronto lo sabrá por usted mismo. Pero antes necesita poseer otras cosas. Abrámosle su alma al segundo balcón. *(Finge un remolino de luz con la linterna y se oyen unos zumbidos que van aumentando poco a poco.)*

EL CABALLERO. — ¡Oh! ¿Qué oigo?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — La tormenta de los cielos, que se aproxima. Pronto se borrarán las estrellas, y los vientos nocturnos traerán la lluvia y los relámpagos. *(Aumentan los zumbidos llenos de resplandores, y las estrellas se apagan. Todo queda a oscuras por unos instantes.)* Escuche las melodías de la atmósfera y alégrese en su corazón porque sus oídos se han abierto a las músicas celestiales. Dos vientos enemigos se pelean. Oiga cómo se hieren. De un momento a otro, uno de los dos será vencido, y su cuerpo, electrocutado por los rayos, será precipitado en la nada. Dejará de llover, y en el cielo se extenderá, de norte a sur,

el arco de la victoria. *(Cesan los ruidos, y con las estrellas se enciende el arco iris.)*

EL CABALLERO. — ¡Oh! ¿Qué es eso?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — El arco iris, que, como señal de paz, aparece siempre después de las batallas.

EL CABALLERO. — Lo que veo y oigo me llenan de algo indefinible.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Es que su alma está despertada a la vida. Pero aún desconoce el perfume del mundo. El tercer balcón da a los jardines terrenales. Abrámosle. *(Enfoca la linterna hacia lo alto y cae una gran rosa blanca.)*

EL CABALLERO. — ¿Qué es eso que ha caído de las estrellas?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Aspírelo.

EL CABALLERO. — *(aspirando profundamente)*. — ¡Oh!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Es una flor. Se llama rosa.

EL CABALLERO *(tomándola y aspirándola ansioso)*. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Una rosa, una rosa!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Una rosa blanca.

EL CABALLERO. — ¡Una rosa blanca, una rosa blanca! La quiero. Démela. *(Subrayando las palabras como un niño.)* — Yo quie-ro una ro-sa blan-ca.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Para usted, es suya. *(Se la prende en el ojal.)*

EL CABALLERO *(aspirándola otra vez.)* — Su perfume me hace desear cosas que desconozco. ¿Qué es lo que yo deseo? Dígamelo. *(Respira trabajosamente.)* ¿Por qué la pechera de mi camisa sube y baja de este modo? ¿De qué se está llenando mi cuerpo? Explíquemelo. Dígamelo, por favor.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Más adelante, cuando le abramos a su alma los dos balcones que aún le faltan para poder dominar la tierra, usted lo comprenderá todo sin que yo se lo explique. Todavía, caballero, no tiene usted boca: carece de lo más importante para andar por el mundo. Usted ya ha visto los astros, ha escuchado la música del Universo, ha aspirado el olor de las flores, pero ¿y su paladar? Ignora usted a lo que saben las cosas, y yo voy a enseñárselo en seguida por medio de una fruta. *(Enfoca la linterna hacia lo alto y cae una gran naranja.)* Esto es una fruta: se llama naranja.

EL CABALLERO. — ¡Oh, no lo sabía!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Una fruta exquisita que va usted a probar ahora mismo.

EL CABALLERO. — ¡Oh!

EL VIGILANTE NOCTURNO *(La monda y le da un gajo)*. — Tome. Abra la boca y mastique, mastique suavemente. Así, así. Le gusta, tiene que gustarle. Es dulce y está llena de agua. Sirve para quitar la sed en el desierto, para aliviar la fatiga de los calores y despertar en la sangre la pasión por el infinito.

EL CABALLERO. — Siento que se me atirantan los labios y que un temblor inexplicable me sacude la lengua. Quiero más, más. La quiero toda, toda. Démela. Hay algo que me achicharra la garganta, algo que...

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Déjela. *(La tira sobre el carbón.)* Muy pronto, así que su alma sepa lo que son los contactos y se estremezca al roce del aire o bajo la presión caliente de unos dedos, no sólo para aliviar su sed deseará una naranja, sino otras frutas mejores, algunas difíciles, muy difíciles de conseguir en un solo día, que irán saliéndole al encuentro por todas las calles y lugares del mundo.

EL CABALLERO. — Otras frutas mejores... difíciles..., muy difíciles...

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Lo comprenderá usted en seguida, no se impaciente. Ya dentro de su cuerpo, su alma se desvive, saltando, por saberlo todo. Y antes de que el amanecer borre esas estrellas, yo le juro que será sabia y dispondrá de esos cinco balcones que le prometí al principio para poder dominar el Universo. Ya sólo le falta el último, el que se abre a las caricias infinitas: el tacto. *(Enciende la linterna, la enfoca hacia abajo y con el pie golpea la tierra por tres veces. Se abre un escotillón y asciende una figura enrollada como las momias en una cinta blanca.)*

EL CABALLERO. — ¡Oh! ¿Qué es eso que sube de las profundidades de la tierra?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Un misterio enfundado en una cinta blanca.

EL CABALLERO. — Un misterio... ¿Y qué es un misterio?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Déme la mano. Tome. Vaya desenrollando esta cinta. *(Le da un cabo, y* EL CABALLERO *va girando alrededor de la figura, hasta dejar al descubierto una muchacha dormida, con maillot blanco y cabellos rubios, sueltos, sobre la espalda.* EL CABALLERO *hace un gesto mudo de asombro.)* Tóquela. Déle la mano. Acaríciele los cabellos.

EL CABALLERO. — ¡Oh! ¿Qué nueva maravilla se ha levantado ante mis ojos?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Tóquela sin temor. Es una muchacha dormida. *(Al tocarla,* LOS CINCO SENTIDOS, *encendiendo cada uno una linterna roja, abandonan sus toneles y corren a rodear a* EL CABALLERO *y* LA MUCHACHA.*)*

LOS CINCO SENTIDOS *(simultáneamente).* — ¡Es una muchacha dormida, es una muchacha dormida! (EL CABALLERO *la sigue acariciando.*)

LA VISTA. — Es muy bella, la más bella del mundo. Mucho más bella que los astros.

EL OLFATO. — Huele mejor que las rosas.

EL GUSTO. — Sabe mejor que las naranjas.

EL TACTO. — Tiene la piel de las flores.

EL OÍDO. — ¡Chisss! Silencio. Su corazón late profundo, hundido en el sueño. No la despertéis.

LA VISTA. — Pues yo quisiera saber el color de sus ojos.

EL GUSTO. — Y yo, decirle a lo que saben sus labios.

EL OLFATO. — Yo ya sé que toda ella huele mucho mejor que las naranjas.

EL TACTO. — Vamos a despertarla.

LA VISTA. — Queremos que nos mire.

EL OÍDO. — Silencio. Ya despertará sola.

LA VISTA *(a* EL TACTO*).* — No, despiértala tú.

EL TACTO. — No me atrevo, temo que se asuste.

EL OLFATO. — Aquí estoy yo para aliviarla con el olor de una rosa.

EL OÍDO *(a* EL TACTO*).* — Despiértala, despiértala, que quiero oír su voz.

EL CABALLERO. — ¡Dejadla! Desearía recordar antes qué es esto que duerme entre mis brazos.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Ya se lo dije: una muchacha.

EL CABALLERO. — ¿Y para qué duerme?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Para que usted la despierte.

EL CABALLERO. — ¿Cómo?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Besándola en la boca. Nada más.

EL CABALLERO *(besándola tres veces)*. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

LA MUCHACHA *(despertando)*. — ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Estás en el mundo. Y este caballero es tu amigo, tu acompañante por la tierra. Señor, esta criatura perfecta, venida de las profundidades de la nada, es su esposa. Puede darle el brazo y marcharse con ella.

EL CABALLERO. — ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Que se vaya con ella a disfrutar de todo. Yo le prometí dar la felicidad, y aquí la tiene. Un cuerpo y un alma puros como los suyos, necesitan otros semejantes. Mírelos. Aquí están. Yo se los entrego, se los confío. Usted, al final de su vida, me responderá de ellos. Ya lo sabe. Guárdelos cuidadosamente, como cosas muy delicadas. Se los doy vírgenes. Le regalo el cuerpo y el alma de una doncella creada por mí a su imagen y semejanza. Conviértala en mujer, caballero, en su mujer, en su esposa. Dele su sangre, su vida, todo. Y vivan ustedes felices y tranquilos hasta que yo los necesite. *(Saca una gran cartera.)* Esta cartera, amigo mío, contiene el dinero suficiente para su bienestar aquí abajo. Si necesita más, arriésguelo en negocios, con la seguridad de que yo siempre le ayudaré desde lejos. Una advertencia de mucha importancia he de hacerle a usted solo, caballero, antes de que nos despidamos. Estos cinco compañeros inseparables que van a seguirle por todos los lugares de la Tierra, pueden, si su alma no sabe conducirlos, jugarle una mala partida. La traición, el robo y hasta el asesinato se esconden debajo de esas apariencias monstruosas. Le aconsejo mucha vigilancia para que no se le desmanden. Su salvación y perdición están en ellos. No lo olvide. Y ahora, miren ustedes hacia el fondo: doblando, tanto a la derecha como a la izquierda, se encontrarán con las calles del mundo. Yo se las ofrezco, se las regalo. A unos doscientos pasos de estos terrenos removidos que han presenciado su despertar a la vida, les aguardan. Vayan a ellas. Entren en

ellas, en este mismo instante en que comienzan a salir de las sombras. *(Una luz amarillenta va iluminando la escena.)*

EL CABALLERO *y* LA MUCHACHA *(cayendo de rodillas con* LOS CINCO SENTIDOS*)*. — ¡Señor!

EL CABALLERO. — ¿A quién debemos tantísimos favores?

LA MUCHACHA. — ¿Quién es usted, Señor? Díganos su nombre.

EL CABALLERO. — Le debemos la vida, necesitamos saberlo. ¿Cómo se llama?

LA MUCHACHA *(besándole las manos)*. — Señor, dígalo. Quiero llevarlo siempre escrito en mi corazón.

EL CABALLERO *(lo mismo)*. — Y yo en mi sangre.

LA MUCHACHA. — Díganos su nombre, Señor. Sea bueno.

EL CABALLERO. — Ya ve usted, Señor, se lo pedimos llorando y de rodillas.

LA MUCHACHA. — Díganoslo, por favor.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Bien. Yo soy... Más adelante lo sabrán. Váyanse.

EL CABALLERO *(levantándose con la muchacha)*. — Lo que usted mande, Señor. *(Ambos, cogidos del brazo, avanzan hacia el fondo, cortejados por* LOS CINCO SENTIDOS. *La luz del amanecer aumenta. Se abre el escotillón, y* EL VIGILANTE NOCTURNO *comienza a hundirse lentamente. Cuando ya casi van a desaparecerle los hombros,* EL CABALLERO *vuelve la cabeza, y levantando el brazo le indica la claridad que va iluminando la escena.)* ¿Y esto, Señor, qué es esto?

EL VIGILANTE NOCTURNO *(desapareciendo)*. — Eso, caballero, es la luz.

TELÓN

# ACTO

DECORACIÓN: *La escena, partida en tres partes desiguales. La de la derecha, mayor en extensión que la de la izquierda y centro, corresponde a un jardín. Es la primavera. Cuatro árboles en los extremos y uno en medio, al pie de un estanque bajo, redondo, sobre un plano inclinado hacia los espectadores. Al fondo, muro blanco de casa. Puerta en el centro, ventana grande, baja, a la derecha, y otra alta a la izquierda. La parte central de la escena, que es la más pequeña, comunicada con la anterior por medio de un arco, corresponde a una tapia baja de ladrillos rojos. Sobre ella, franja ancha de mar y cielo alto. Ante ella, un montón de azufre y tejas rotas. Puerta lateral izquierda a la playa. La parte izquierda de la escena corresponde a un granero oscuro. Haces de trigo por el suelo. Toneles altos y bajos, llenos de enormes escobas y varas de bambú. Un carrillo volcado. Y grandes telarañas pintadas por las paredes. Comunica con la parte central por una puertecilla.*

*Al descorrerse el telón,* EL HOMBRE, *soñoliento, con un libro medio cerrado en la mano, se halla sentado en un banco de madera, situado al pie del árbol izquierdo del término segundo.* LA MUJER, *distraída, al borde del estanque, mirando al agua.* LOS CINCO SENTIDOS, *aletargados, también están en el jardín.* LA VISTA, *detrás de* EL HOMBRE, *apoyado en el tronco del árbol inmediato al banco.* EL OÍDO, *sobre una escalerilla alta, al nivel de las hojas del árbol situado en primer término izquierda. En su copa habrá posado un gran pájaro de latón.* EL OLFATO *se encuentra sentado en la tierra, bajo el árbol, cubierto de grandes flores, también del primer término derecha.* EL GUSTO, *en lo alto de otra escalerilla, más baja que la de* EL OÍDO, *bajo el árbol cargado de grandes frutos, del segundo tér-*

*mino derecha.* Y EL TACTO, *de pie, al borde del estanque, contra el tronco del centro. Es mediodía. Calor. Se oye el chirrido metálico y artificial de una chicharra. De pronto, silencio.* EL HOMBRE *se despierta, desperezándose.* LA VISTA *se despierta también. Canta el pájaro.* EL HOMBRE *escucha.* EL OÍDO, *despierto, atiende, balanceando los pies en la escalera.* EL HOMBRE *vuelve a desperazarse, aspirando con fuerza el aire del jardín.* EL OLFATO, *simultáneamente, hace lo mismo.*

EL HOMBRE *(después de haber mirado largamente a* LA MUJER*).* — ¿Qué haces ahí tanto tiempo en esa misma postura?

LA MUJER *(fingiendo distracción).* — ¿Y si yo te dijera que vinieses a verlo?

EL HOMBRE *(acercándose y sentándose junto a ella, precediendo a* LA VISTA, *que seguirá todos sus movimientso.* — Más de prisa que tu mismo deseo... Aquí estoy. *(Se sienta.)* ¿Qué veías?

LA MUJER. — Veía... la primavera en el fondo del agua ... ¿Pero es que tú no ves lo que yo veo allá abajo? Mira, mira...

EL HOMBRE. — ¡Oh!

LA VISTA *(de pie, tras* EL HOMBRE, *como sonámbulo).* — Hay ciudades que yo no he visto nunca Ésta es una de ellas. Sus murallas dentadas y derruídas, sus jardines perdidos, sus habitantes andrajosos y tristes, me hacen pensar en alguna ciudad antigua, hoy venida a menos. Sería dichoso yo con pasearme por sus calles ruinosas, ver de cerca la pena carcomida de sus gentes y levantar piedra a piedra, en mi imaginación, su pasado prestigio.

LA MUJER. — ¡Oh! Ha desaparecido. Nunca estuvimos en ella.

EL HOBRE. — Sí, era una ciudad desoconocida. Una ciudad antigua que saldremos a buscar este verano. Quiero que conozcas todos los rincones del mundo.

LA MUJER. — ¿Y crees tú que la encontraremos?

EL HOMBRE. — Seguro.

LA MUJER. — ¿Y cómo, si no sabemos su nombre ni su situación en medio de la tierra?

EL HOMBRE. — Para nosotros no hay nada imposible. No te apures.

Es la pureza de nuestras almas la que nos hace hallar fácilmente lo desconocido. ¿Estás contenta?

LA MUJER. — Sí.

EL HOMBRE. — ¿Muy contenta en este jardín tan apartado del pueblo y de la gente?

LA MUJER. — ¡Oh, sí, muy contenta!

EL HOMBRE. — ¿Nunca has estado triste junto a mí?

LA MUJER. — ¿Qué es eso? Triste... Es la primera vez que escucho esa palabra.

EL HOMBRE. — Y yo la primera vez que la digo... Ni sé qué significa.

LA MUJER. — ¿Algo malo?

EL HOMBRE. — Algo que ni tú ni yo conocemos. *(Se quedan pensativos.)*

LA MUJER. — ¿Te acuerdas de nuestros viajes? Mira otra vez hacia el fondo del agua. ¿Qué ves ahora allá abajo, sobre el limo?

EL HOMBRE. — Un desierto blanco.

LA VISTA. — La nieve, es el país de la nieve.

LA MUJER. — En aquel trinco tirado por seis renos resbalamos nosotros. Mírate, aquel eres tú.

EL HOMBRE *(tocándole las mejillas a* LA MUJER). — ¡Oh! Se nos han helado las caras.

EL TACTO. — Estoy muerto de frío... Nieva...

EL HOMBRE. — La noche nos sorprendió en un bosque de abetos, y encendimos una hoguera para espantar a los lobos.

EL OLFATO. — Huelo a pino quemado, a nieve derretida en bufandas de lana...

LA MUJER. — El viento y los lobos me quitaron el sueño. ¿Recuerdas?

EL HOMBRE. — Yo velé hasta el alba junto a la hoguera y mi fusil. Tú dormiste tranquila. *(Pausa.)*

LA MUJER. — ¡Oh!

EL HOMBRE. — ¿Qué?

LA MUJER. — Ahora vamos en automóvil. ¿Qué ha sido de la nieve? Los árboles se han convertido en postes de la luz eléctrica.

EL HOMBRE. — ¿La conoces? ¿Reconoces esta ciudad? Una de las mayores del mundo.

LA MUJER. — ¡Oh, sí! La reconozco. En ella hay muchos bares, muchos. Todo ella es como un inmenso bar.

EL GUSTO. — Tengo sed y calor... La boca me sabe a plomo derretido.

EL OÍDO. — Me silban, me sangran los oídos... No oigo lo que me dicen.

LA VISTA. — Es la ciudad de hierro y los arcos voltaicos. Sus torres quisieran irrumpir en la gloria y derribar a los ángeles. Veo hombres que pasan con un fajo de oro en una mano y en la otra el revólver del crímen. He aquí la ciudad cuya sangre se precipita hacia la muerte, sin volver la cabeza, entre el humo de los trenes y las fábricas.

EL HOMBRE. — Subimos, bajamos por sus avenidas inmensas... Te cansaste... Entramos en un bar.

EL TACTO. — Me alivian los dedos, enfriándomelos, una copa de vidrio y una cucharilla de plata.

EL GUSTO. — Se me escarcha la fiebre de la lengua.

LA MUJER. — ¡Qué fino, qué exquisito aquel helado!

EL HOMBRE. — Luego, inmediatamente, subimos al hotel. Y allí...

LA MUJER. — *(pasándole un brazo por el hombro).* — Y allí... *(Se miran largamente como recordando.)*

LA VISTA. — Luz... Luz entornada...

EL TACTO. — Piel, sábanas frescas...

EL GUSTO. — Sabor a nieve todavía... A fruta...

EL OLFATO. — Acacias... Nardos... Mar...

EL OÍDO. — Silencio... Zumbido de ascensores lejanos... Silencio absoluto. Sueño. *(Pausa.)*

LA MUJER *(mirando otra vez al agua).* — ¡Oh!

EL HOMBRE *(mirando también).* — Ahora sólo te veo entre los liquenes del fondo, abrazada a mí.

LA MUJER. — Me has besado en todos los lugares del mundo pero nunca dentro del agua de este estanque.

EL HOMBRE. — ¿Quieres? ¿No temes que nos lo interrumpa algún pez colorado?

LA MUJER. — No, bésame. *(*EL HOMBRE *la besa.* LOS CINCO SENTIDOS, *simultáneamente, suspiran profundo. Se levanta.)* Estoy

contenta. Quiero jugar a algo. ¡Anda! *(Corre unos pasos.)* ¡Alcánzame!

LOS CINCO SENTIDOS. — ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! *(Al levantarse* EL HOMBRE, EL OLFATO *se levanta también.)*

EL HOMBRE *(alcanzando a* LA MUJER*)*. — Ya te alcancé.

LA MUJER. — Me he dejado alcanzar.

EL HOMBRE. — Sí, para que yo... *(La besa.)*

LA MUJER. — ¡Mentira!

EL HOMBRE. — ¡Verdad!

LA MUJER. — No.

EL HOMBRE. — Sí.

LA MUJER. — ¿Eres un tonto?

EL HOMBRE. — ¿Y tú una tonta?

LA MUJER. — No.

EL HOMBRE. — Sí.

LA MUJER *(sacándole la lengua)*. — ¡Tonto!

EL HOMBRE *(lo mismo)*. — ¡Tonta!

LA MUJER *(corriendo y desapareciendo por la puerta de la casa)*. — Pues anda, alcánzame otra vez.

EL HOMBRE *(tras* LA MUJER*)*. — Lo verás. *(Entra también en la casa.)*

LOS CINCO SENTIDOS. — ¡Ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji!

EL TACTO. — El alma del hombre está contenta.

LA VISTA. — Su alma es la más feliz del Universo.

EL OLFATO. — El hombre ha dejado sus cinco sentidos en el jardín.

EL OÍDO. — Celebremos nosotros la alegría del hombre.

EL GUSTO. — ¡Juguemos! *(*EL GUSTO *y* EL OÍDO *descienden de sus escalerillas.* LA VISTA *vuelve al pie del árbol. Juego de* LOS CINCO SENTIDOS.*)*

LA VISTA *(avanzando un paso)*. — Yo soy ver. Todo lo veo. *(Retrocede.)*

EL GUSTO *(lo mismo)*. — Yo, gustar. Todo lo gusto. *(Retrocede)*

EL OLFATO *(lo mismo)*. — Yo, oler. Yo todo lo huelo. *(Retrocede.)*

EL OÍDO *(lo mismo)*. — Y yo, oir. Todo lo escucho. *(Retrocede.)*

EL TACTO. — Pues yo de vosotros rodeado,
todo lo toco: soy el tacto.
Toco el agua y saldrá un pez.

LA VISTA. — Si es plateado...
EL GUSTO. — ¡Sabrá salado!
LA VISTA. — Si es colorado...
EL GUSTO. — ¡Sabrá a miel! (EL TACTO *saca un gran pez rojo.*)
EL TACTO *(a* EL OÍDO*)*. — Toma, vivo te doy el pez. *(Se lo da.)*
EL OÍDO. — ¿Para qué?
EL TACTO. — Para que escuches en él. *(Vuelve a su sitio.)*
EL OÍDO. — Escucho en sus ojos y oigo en sus escamas
el barco, la vela, la brisa y el agua. *(A* EL OLFATO*)*.
Toma, el vivo te doy el pez. *(Se lo da.)*
EL OLFATO. — ¿Para qué?
EL OÍDO. — Para que huelas en él. *(Vuelve a su sitio.)*
EL OLFATO. — Yo huelo en sus alas y huelo en su cola
la estrella marina, las algas, las rosas. *(A* LA VISTA.*)*
Toma, vivo te doy el pez. *(Se lo da.)*
LA VISTA. — ¿Para qué?
EL OLFATO. — Para que veas en él. *(Vuelve a su sitio.)*
LA VISTA. — Veo en sus agallas y veo en sus ojos
las velas partidas y los barcos rotos. *(A* EL GUSTO.*)*
Toma, vivo te doy el pez. *(Se lo da.)*
EL GUSTO. — ¿Para qué?
LA VISTA. — Para que gustes de él. *(Vuelve a su sitio.)*
EL GUSTO. — Yo gusto en las púas finas de sus dientes,
ni miel ni salitre, sino sangre y muerte.
*(Lo aprieta, ahogándolo.)* *(A* EL TACTO.*)*
Muerto te devuelvo el pez. *(Se lo da.)*
EL TACTO. — ¿Para qué?
EL GUSTO. — Para que des en el agua con él. *(Vuelve a su sitio.* EL TACTO *arroja el pez al agua.)*
EL TACTO. — Todo lo toco. Yo soy tocar.
LA VISTA. — Todo lo veo. Yo soy ver.
EL OÍDO. — Todo lo oigo. Yo soy oír.
EL GUSTO. — Todo lo gusto. Yo soy gustar.
EL OLFATO. — Todo lo huelo. Yo soy oler.
LA VISTA. — Ver.
EL OÍDO. — Oír.
EL OLFATO. — Oler.

EL GUSTO. — Gustar.

EL TACTO. — Y tocar. ¡Yo soy tocar!
¡Nunca me prodréis alcanzar!
*(Todos corren tras él, alrededor del estanque.)*

VOZ DE MUJER *(en la playa)*. — ¡Socorrooooooo! *(Tumulto y golpes tras la puerta de la tapia, en la parte central de la escena.* LOS CINCO SENTIDOS *interrumpen el juego y escuchan asustados.)*

VOCES DISTINTAS. — ¡Aquí, aquí! ¡Ésta es la casa! ¡Auxilioooo!

VOZ DE MUJER. — ¡Malos hombres! ¡Cobardes!

OTRAS VOCES. — ¡Abrid! ¡Abran pronto la puerta! ¡Abrid, abrid!

VOZ DE MUJER. — ¡Socorrooooooo! *(Mientras sigue el tumullo, salen de la casa* EL HOMBRE *y los* CRIADOS 1 *y* 2. LOS CINCO SENTIDOS *vuelven a sus árboles.)*

EL HOMBRRE. — ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? Seguidme.

CRIADO 1. — Habrán herido a alguien.

CRIADO 2. — Lo habrán asesinado.

EL HOMBRE *(intentando abrir la puerta.)* — ¡Horrible! Está duro el cerrojo.

VOZ DE MUJER. — ¡Por favor! *(Siguen los golpes y el tumulto.)*

CRIADO 1. — Permítame, señor, yo lo abriré.

EL HOMBRE. — ¡Pronto! De prisa. Algo horrible sucede. *(Queda abierta la puerta, y aparece en su marco, sola, descalza, desgreñada y medio desnuda, una muchacha:* LA TENTACIÓN. *Es muy bella.)*

EL HOMBRE *y* LOS CRIADOS 1 *y* 2. — ¡Oh!

LA TENTACIÓN *(débilmente)*. — Agua... Tengo sed...

EL HOMBRE. — Pero... ¿tú sola? ¿Quiénes alborotaban?

LA TENTACIÓN *(apoyándose contra el quicio)*. — Nadie... No sé... Vengo muerta.

CRIADO 2 *(asomándose a la playa)*. — ¿Nadie?

EL HOMBRE. — ¿Y los que te seguían, los que te gritaban o apedreaban? ¿Dónde están?

LA TENTACIÓN. — Agua... Dame agua...

EL HOMBRE. — Entra. (LA TENTACIÓN *da un paso y medio se desvanece.* EL HOMBRE *y* LOS CRIADOS *la levantan.* LA TENTACIÓN *vuelve en sí. Sostenida pos los tres, la hacen andar lentamente.)* Al jardín... al estanque... al estanque...

LA TENTACIÓN. — Calor... Muerta... Agua... Calor...

CRIADO 1. — Cuidado.

CRIADO 2. — No tropiece...

EL HOMBRE. — Aquí. *(Sientan a* LA TENTACIÓN *al borde del estanque.* EL HOMBRE *la sostiene, pasándole un brazo por la cintura. Mientras, con la otra mano, moja su pañuelo en el agua y le refresca la frente.* LOS CRIADOS 1 *y* 2 *permanecen de pie, a distancia.* LA TENTACIÓN, *de pronto, quita el pañuelo a* EL HOMBRE, *lo desgarra con los dientes y lo arroja al agua. Mira después a* EL HOMBRE *con fijeza. Luego, a* LOS CRIADOS. *Y otra vez a* EL HOMBRE.)

LA TENTACIÓN. — Dile a ésos que se vayan.

EL HOMBRE *(extrañado.)* — Retírense.

CRIADOS 1 *y* 2. — Señor... *(Inclinan la cabeza y desaparecen por la puerta de la casa.)*

EL HOMBRE. — Se han ido.

LA TENTACIÓN *(después de mirarle largamente).* — No tenía sed, era mentira.

EL HOMBRE *(asombrado, pero contenido).* — ¿Quién eres? Nunca te he visto.

LA TENTACIÓN *(seca).* — Era mentira. Quería entrar en tu casa. Verte. Hablar contigo. Saber cómo eras... Y aquí estoy ante ti. No pienso irme.

EL HOMBRE *(después de mirarla impasible, levantándose bruscamente).* — Ni te conozco ni me importa. ¡Fuera! ¡Pronto! ¡Fuera de este jardín!

LA TENTACIÓN *(colérica).* — No me voy. He llamado a tu casa para pasar la noche, o quizá toda la vida. Ya lo sabes: para pasar la noche o la vida entera. Y tendrás que matarme, que arrastrarme después de muerta hasta la playa. Y aun así no te verás libre de mi persona, de este cuerpo macizo que tú aún no conoces: el mar y el viento volverán a arrojarme contra los muros de tu alcoba, contra la misma cabecera de tu cama. Si me echas, te quedarás sin sueño, te lo juro. Muerta, continuaré presente en todos tus instantes.

EL HOMBRE *(sentándose desconcertado).* — ¿Qué dices? *(Más suave.)* Háblame claro... Es que no te comprendo.

LA TENTACIÓN *(más suave y suplicante).* — Yo sabía que existías

y he venido a verte. Sé bueno. Déjame pasar a tu lado unas horas tan sólo.

EL HOMBRE (*dudoso*). — No, no puedo... Quisiera... Te explicaría... No... Ni sé quién eres.

LA TENTACIÓN. — ...Aunque sea en el granero, entre los sacos de trigo y las arañas. Déjame dormir. (*Casi llorando.*) Vengo descalza. He andado mucho. Las piedras y la arena me han mordido los pies. Míralos. Están sangrando.

EL HOMBRE (*más tierno*). — Es verdad... Estás sangrando... Vienes cansada. Y a verme... Pero yo... Ni sé quién eres... Ni por qué me has mentido... No sé nada...

LA TENTACIÓN. — ...A verte... a verte... Sólo a ti...

LA VISTA (*a* EL HOMBRE, *y a media voz*). — No dudes, déjala pasar la noche en tu casa. Fíjate bien en ella. Más fuerte, más hermosa que tu mujer.

LA TENTACIÓN. — ...Te conocía de oídas, mucho... Yo había preguntado cómo eras... Y eras... como eres: joven, inteligente, bueno, hermoso...

EL OÍDO (*a media voz*). — Dime. ¿Cuándo escuchaste otra voz como la suya? ¿Quién en el mundo se encolerizó, te suplicó y acarició con ese timbre? No permitas que suene para otros oídos.

LA TENTACIÓN. — ...Que eras rico, dichoso; que vivías en un bellísimo jardín cerca del mar; que tu alma...

EL OLFATO (*a media voz*). — Huele a sol, a ola, a cielo, a viento libre. Si la dejas marchar, será como quedarte sin aire.

LA TENTACIÓN. — ...Que tu alma era pura. La que más resplandecía en el mundo. Y yo quería verte, vértela, cegarme de ella, bañarme en ella, probártela... (*Lo besa.*)

EL GUSTO (*acercándose, a media voz*). — Así, amigo mío, así. Acabas de estrenar otros labios. Y son mejores éstos: más nuevos, desconocidos totalmente para ti. No dejes que se vayan. (*Vuelve a su árbol.*)

LA TENTACIÓN (*dejando de besar a* EL HOMBRE). — No me habían engañado. Tu alma, tu alma... ¡Qué bien sabe tu alma! Me la he bebido toda. Siento ya cómo arde dentro de la mía. Te quiero... La quiero. Dámela... sí, sí... (*Se queda como dormida.*)

EL TACTO (*acercándose, a media voz*). — Ya es tuya. Acaríciala

ahora. Mira qué cuerpo. Reténlo a tu lado. Tócalo. Está duro y tirante como las piedras de la playa. Tócalo sin temor, eres el hombre. (EL HOMBRE *la toca desde la frente hasta los pechos.* LA MUJER, *inocente, aparece en la puerta de la casa.*)

LA MUJER. — ¿Qué es? ¿Qué sucede?

EL HOMBRE (*levantándose sobresaltado*). — ¿Cómo has tardado tanto en venir?

LA MUJER (*acercándose intrigada*). — ¿Qué es?

EL HOMBRE. — ¿No te dijeron los criados que bajaras al jardín, que yo te necesitaba con urgencia?

LA MUJER. — ¿Quién es esta joven? ¿Qué le pasa? ¿Cuándo ha llegado?

EL HOMBRE. — No sé quién es esta joven. La han traído unos hombres de la playa. La encontraron sin conocimiento sobre unas rocas, cerca del mar. Ni ellos ni yo sabemos nada. Aún no ha abierto los ojos. ¿Y tú? ¿Cómo has tardado tanto? Ordené a los criados que te avisaran en seguida.

LA MUJER. — Me habrán buscado sin hallarme. No es extraño. Yo había subido a la torre para dar de comer a las palomas. Luego, como no estabas en tus habitaciones, pensé que te encontraría en el jardín. He bajado a buscarte, porque hace más de media hora que vivimos separados.

EL HOMBRE. — ¿Qué hacemos con esta pobre muchacha? Es triste. No sabemos quién es ni por qué se encontraba desmayada a la orilla del mar.

LA MUJER. — ¿Qué dijeron los que la traían?

EL HOMBRE. — Sólo eso. Lo demás se ignora.

LA MUJER (*arrodillándose ante* LA TENTACIÓN *y tocándola*). — ¡Oh! Es muy hermosa. Está helada y llena de arañazos. ¡Pobre! Tiene los pies heridos. Pero vive.

EL HOMBRE (*fingiendo inquietud*). — Vive, ¿verdad?

LA MUJER. — Los pulsos le laten débilmente.

EL HOMBRE. — Tal vez esta muchacha habrá intentado ahogarse.

LA MUJER. — ¿Ahogarse?

EL HOMBRE. — Sí, quitarse la vida, creyendo así tocar más pronto las estrellas.

LA MUJER. — No, yo creo que no, yo creo... No puede ser...

Ella hablará, ella nos lo contará todo, porque vive... Pero está como el mármol. Necesita calor y aire en la frente... Espera. Abanícala mientras con tus manos, con tu pañuelo... Vuelvo en seguida.

EL HOMBRE. — No tardes. *(LA MUJER entra en la casa.)*

LA TENTACIÓN *(incorporándose de súbito)*. — ¿Quién es esa mujer que se ha permitido tocarme y compadecerme? ¿Quién, quién es? Dímelo pronto.

EL HOMBRE. — Esa mujer que se ha permitido acariciarte y elogiar tu hermosura es mi esposa.

LA TENTACIÓN. — ¡Imbécil! ¿Crees tú que lo ignoraba? Desde antes de nacer siento un odio, un asco profundo hacia ella. Sus caricias y elogios me han hendido los arañazos del cuerpo y abierto más aún las heridas. Me escuecen hasta las raíces del alma, como si me las hubieran espolvoreado con raspaduras de vidrio.

EL HOMBRE. — ¿Qué te hizo mi mujer para que la insultes y desprecies de ese modo? Ella es inocente.

LA TENTACIÓN. — Su inocencia es lo que hace remover las heces de mi alma. Lo que más me asesina en el mundo es la inocencia. La mataré.

EL HOMBRE. — ¿Qué dices? ¿Quién eres? ¿De dónde salen tus palabras? ¿De qué cueva sin aire, llena de malos ecos, vienen hasta mí? ¿Qué quieres, por favor?

LA TENTACIÓN. — Quiero... *(LA MUJER entra, trayendo al brazo un gabán de pieles.)*

LA MUJER. — ¡Cómo! ¡Qué alegría!

EL HOMBRE. — Ya despertó de su desmayo. Hace un momento. Tenía sed. Ha bebido en mi mano agua del estanque y he refrescado la fiebre de su frente con mi pañuelo. Se ha incorporado sola. Me ha mirado con asombro y ha dicho, en el instante en que tú aparecías, su primera palabra.

LA MUJER. — ¿Qué ha dicho?

EL HOMBRE. — Quiero... Nada más. Enmudeció al verte.

LA MUJER *(sentándose junto a* LA TENTACIÓN*)*. — ¿Qué es lo que quieres? Dilo. Si puedes hablar, habla tranquila.

LA TENTACIÓN *(suavemente)*. — Irme. Quiero irme.

EL HOMBRE *(sobresaltado)*. — ¿Irte?

LA MUJER. — Yo traía para abrigarte este gabán de pieles, y estas vendas de hilo para cubrirte las heridas. *(Saca un rollito blanco de uno de los bolsillos del gabán. Empieza a oscurecer en el jardín.)*

LA TENTACIÓN. — Gracias. Muchas gracias. Tengo que irme.

EL HOMBRE. — ¿Así? ¿Descalza, sangrando, casi desnuda como estás? Ni mi mujer ni yo lo consentiremos.

LA TENTACIÓN. — ¿Qué queréis? Tengo que seguir adelante. Me esperan allá lejos...

LA MUJER. — No puede ser. Se está poniendo el sol. Dentro de poco, hacia las proximidades del cabo, el mar cerrará la playa. Y ya no hay camino para andar por la noche. Tendrías miedo.

EL HOMBRE. — Quédate a pasarla con nosotros. ¿A dónde vas?

LA MUJER. — ¿Quiénes te aguardan allá lejos? ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha pasado?

LA TENTACIÓN. — Me esperan siempre, desde hace mucho tiempo, los míos, todos los que son míos. Vengo de dar la vuelta al mundo. Me escapé de mi casa cuando cumplí mis quince años. Ahora vuelvo otra vez, al cabo de cinco. He andado errante por la tierra. Vuelvo cansada y pobre. Ya cerca de esta casa, cuando intentaba saltar una roca de la orilla, me temblaron las piernas, se me nublaron los ojos y... Decidme vosotros lo demás.

LA MUJER. — Te recogieron unos hombres de la playa y te entregaron a mi marido. Él, con su propio pañuelo, refrescó la fiebre de tu frente. Y has despertado junto a él, cuando yo te traía mi misma ropa para abrigar tu cuerpo.

LA TENTACIÓN. — Gracias, amigos míos. *(Se levanta y da un beso a* LA MUJER.*)* Ahora, dejadme marchar.

LA MUJER. — ¿Te vas? Yo que iba a prepararte mi cama...

EL HOMBRE. — No puede ser. Ya es de noche y la marea ha cerrado el único camino. Hasta muy entrada el alba no se puede pasar. Quédate.

LA MUJER. — Por la mañana te acompañaremos hasta doblar el cabo.

LA TENTACIÓN. — Imposible. *(Da unos pasos, pero se cae.)*

EL HOMBRE *(sosteniéndola)*. — Lo imposible es permitir que te vayas así, en este estado, cayéndote.

LA MUJER. — ¿Te quedas?

LA TENTACIÓN. — Sí, hasta la madrugada.

LA MUJER. — ¡Oh, qué alegría! *(A* EL HOMBRE.*)* ¡Se queda!

EL HOMBRE. — Tenía que ser así. Sin más remedio. *(Pausa.)* Ahora, abrígala en tus pieles, véndale las heridas y acompáñala hasta tu cuarto. Está cansada y tendrá sueño.

LA TENTACIÓN. — Mis heridas son antiguas y no me duelen. Han ido siempre al aire y las vendas me las lastimarían. Puedo andar sin molestia.

LA MUJER. — Pero acepta mi gabán sobre tus hombros. Estás helada. *(Se lo echa sobre ellos.)*

LA TENTACIÓN. — Sí, hace frío.

EL HOMBRE. — Mucho, aunque la noche está templada y en los árboles se han parado las hojas. *(A* LA MUJER.*)* Acompáñala. Yo iré a dormir dentro de un rato. *(Van andando, parándose.)*

LA TENTACIÓN. — Tengo sueño.

LA MUJER. — Dormirás en mi cama.

LA TENTACIÓN. — Eres muy buena. Soy muy amiga tuya. Despiértame al amanecer.

LA MUJER. — ¿Cómo te llamas? Todavía no nos hemos dicho nuestros nombres. Dime primero el tuyo. *(*EL HOMBRE *escucha atento.)*

LA TENTACIÓN *(a media voz, ya en los escalones de la puerta).* — ¿El mío? ¿Mi nombre? ¿Quieres saber mi nombre? Verás. Yo me llamo... *(Entran en la casa.)*

EL HOMBRE *(cayendo al filo del estanque).* — No puedo más. No sé ya quién soy. *(Los* CINCO SENTIDOS *le rodean, encendiendo cada uno su linterna.)*

EL TACTO. — Levanta, hombre dichoso, levanta.

EL OÍDO. — ¿Has oído? Va a pasar la noche en tu mismo lecho.

LA VISTA. — Ningún hombre del mundo verá lo que tú.

EL GUSTO. — Gustará lo que tú.

EL OLFATO. — Aspirará las esencias celestes que tú vas a aspirar en esta noche.

EL HOMBRE. — ¡Dejadme, por favor! ¡No os conozco! No sé quiénes sois. Nunca os he visto. Me espantan vuestras voces, vuestras máscaras horribles y monstruosas. Quiero dormir.

LA VISTA. — ¿Dormir? ¿Dormir ahora, que vas a ver las estrellas no vistas, los cielos desconocidos?

EL HOMBRE. — No me hables de ver. Arráncame los ojos y déjame sin luz, antes de que otras sombras entenebrezcan mi alma. Arroja mis pupilas al mar. Que los salitres más hondos me las quemen. Quiero sentirme ciego.

EL TACTO. — ¿Qué dices, cobarde? ¡Dormir! Levanta y mírame de frente. ¿No conoces mis manos, mi piel llena de tactos infinitos? ¿Quién soy? Niégame ahora que me ves cara a cara. Duérmete ahora que voy a llevarte más allá de los centros del goce y de las caricias.

EL HOMBRE. — Si te conozco, no quiero conocerte. Anestésiame el cuerpo. Déjamelo más insensible que el de un perro atacado de parálisis. Descuájame los brazos de raíz, los labios, la lengua, todo mi ser. Que mis manos se queden sin memoria. (EL TACTO *lo zamarrea por los hombros.)* No, no me toques. ¡Déjame! Estoy muerto.

EL TACTO. — ¡Mentira! Tienes miedo. Estás muerto de miedo. ¡Qué vergüenza! Me da asco ser tuyo. Te abandono. Me voy. *(Hace como que se va.)*

EL HOMBRE *(levantándose de un salto)*. — ¡No, no! ¡No me dejes ahora! ¿Qué sería yo sin ti? Un río sin agua, una vena sin sangre, un cuerpo sin cuerpo. Llévame adonde quieras, arrástrame hasta más allá de la fiebre y del crimen.

EL OÍDO. — ¡El crimen! Estás loco.

EL TACTO. — ¡Loco, loco! No sabe lo que dice.

EL HOMBRE. — Sé muy bien lo que digo. ¡Yo loco! Sé que estáis conspirando contra mí para perderme y matar la inocencia de un arcángel. ¿Qué os ha hecho mi mujer? Decídmelo. ¿Por qué queréis que yo la traicione, y con otra mujer a quien ni entiendo ni conozco ni me importa? Habladme claro.

EL OÍDO. — ¡Perderte! ¡Traicionar! ¡Pobre hombre ignorante! Me da pena oírte esas palabras. Ahora sí que estás muerto. No esperes ya de mí el entrarte en tu oído nuevamente esa voz desconocida, ese timbre suavísimo que te suspende el alma hasta más allá del séptimo cielo del goce y de la música. Voy a cerrarme para ti. Ya no oirás nunca nada.

LA VISTA. — Voy a llorar sobre ti, hombre difunto.

EL HOMBRE. — ¡Llorad! ¡Gemid! Tapadme los oídos con dos clavos candentes. Abandonadme. Algo horrible me acecha, y vosotros no queréis explicármelo. No sé ya ni quién soy en medio de mis mismas tinieblas.

LA VISTA. — El más dichoso de los hombres: eso eres tú. Y no quieres comprenderlo, obstinado en ensombrecer con remordimientos y dudas inútiles tu propia claridad.

EL GUSTO. — ¡Alégrate! Yo te voy a hacer gustar un nuevo Paraíso. El que ahora posees lo conoces. Te aburres mucho en él. Te hastías. Estás hastiado. Confiésalo.. Confiésatelo a ti, a mí, no seas cobarde. Tienes que comprobar que existe otro más bello.

EL OLFATO. — Otro, lleno de otros perfumes, que algún día, ya en recuerdo, te harán revivir las horas y los cielos más felices. ¡Qué hombre de suerte!

LA VISTA. — ¡Nadie como él!

EL OÍDO. — ¡Valiente! ¡Decidido!

EL GUSTO. — ¡Un verdadero hombre!

EL TACTO *(dándole una palmada en el hombro)*. — ¡Bravo!

EL HOMBRE *(deshecho, apoyándose contra el árbol del centro)*. — Haced de mí lo que queráis. Me abandono a vosotros. Tendrá que ser así. No puedo más.

LOS CINCO SENTIDOS *(quedamente)*. — ¡Ji, ji, ji, ji! *(Apagan las linternas. Todo se queda a oscuras.)*

LA MUJER *(asomándose a la puerta mientras que se ilumina la ventana alta y* LA TENTACIÓN *escucha)*. — ¿Dónde estás? No te veo.

EL HOMBRE *(débilmente)*. — Aquí.

LA MUJER. — ¿Por qué tardabas tanto?

EL HOMBRE. — Hace calor.

LA MUJER. — ¿Vienes? Se ha quedado dormida.

EL HOMBRE *(sordamente)*. — Sí, voy. *(Entra en la casa con* LA MUJER *y cierra la puerta al mismo tiempo que* LA TENTACIÓN *apaga la luz de su cuarto. Silencio corto, lleno de ruidos y silbidos nocturnos.)*

1ª VOZ. — ¿Qué presagios oscuros desvelan esta noche el sueño del agua? ¿Qué manos de sangre se lo inquietan, tiñiéndoselo? Árboles del jardín, respondedme. Soy la voz del estanque.

2ª voz. — Nuestras hojas tampoco duermen, sobrecogidas de espanto. Ignoramos qué fuegos angustiosos, qué llamas ocultas nos las incendian. Larvas, insectos mudos que vivís y trabajáis en ellas, vosotros, ¿qué decís? Contestad a los árboles. *(Silencio.)* No dicen nada. Han muerto de temores.

3ª voz *(lejos)*. — ¡Ay! ¡Ay! *(Lejísimo, suena el quejido de una sirena.)*

4ª voz. — El mar pide socorro a lo lejos. ¿Qué sucede esta noche? ¿Qué pasa, que nosotros, pobres cañas, haces de trigo, objetos tristes y arrumbados en este granero sin día no podemos cerrar los ojos?

5ª voz. — Paso, sigo de prisa. ¡Qué dolor detenerme en este sitio! Paso. Soy el aire.

6ª voz. — Silencio de muerte. Yo soy la noche. *(Sale, sigilosa, casi desnuda,* LA TENTACIÓN.*)*

LA TENTACIÓN *(quedamente)*. — ¿Dormís?

LOS CINCO SENTIDOS *(encendiendo las linternas)*. — Nunca.

LA TENTACIÓN. — ¿Hemos vencido al hombre?

LOS CINCO SENTIDOS. — Creemos que sí.

LA TENTACIÓN. — Callad. Venid conmigo. Seguidme. *(Sin ruido, en fila, la siguen hasta el granero.)* Escuchadme. El hombre está vencido. Lo sé. Tampoco duerme. Ya no podrá dormir jamás. Dentro de unos instantes, lo veréis, subirá como un sonámbulo a mi alcoba. El deseo le hará buscarme a tientas por todos los rincones de la casa, hasta caer, como un loco sin ojos, en el jardín. Allí le esperaremos, junto al estanque. Estad siempre conmigo. Os necesito más que nunca. Vendrá desesperado, fatal, sin dominio, a entregárseme todo, como si la órbita pura que seguía su alma tuviera irremisiblemente que terminar en mí. Y él ignora que para conseguirme aún tiene que rodar por el último abismo que le falta. ¿Sabéis cuál es? ¿No lo sabéis?

LOS CINCO SENTIDOS *(quedamente)*. — No.

LA TENTACIÓN. — El más hondo. Os lo diré al oído. Acercaos más. *(Dice algo que no se oye.)*

LOS CINCO SENTIDOS. — ¡Oh!

LA TENTACIÓN. — Tenéis que ayudarme. Vosotros... *(Vuelve a decir algo que tampoco se oye.)* ¿Lo haréis?

LOS CINCO SENTIDOS. — Sí, sí.

LA TENTACIÓN. — Presenciaréis los últimos fulgores de una buena conciencia. Con ella el hombre va a librar su última batalla. Suplicará, llorará, deseará la muerte, pero... Todo inútil. Está perdido. Para ganarme a mí hay antes que perder. *(Silencio.* EL HOMBRE *enciende la luz de la alcoba donde antes se hallaba* LA TENTACIÓN. *Ve que no hay nadie. Apaga.)* Vamos hacia el jardín. El hombre se aproxima. Seguidme en silencio.

(LOS CINCO SENTIDOS *apagan las linternas y salen tras* LA TENTACIÓN. *En el jardín se ordenan, cada uno al pie de su árbol.* LA TENTACIÓN, *junto a* EL TACTO, *cerca del estanque. Sale* EL HOMBRE.)

EL HOMBRE. — ¿Dónde estáis? ¿Me oyes? No te veo. No veo nada. *(Silencio.)* Contéstame. Oriéntame hacia ti. Ando a oscuras. *(Silencio. Luego, más alto.)* ¿Te has marchado? ¿Te has ido? ¿Será posible? *(Gritando.)* ¡Ay!...

LA TENTACIÓN *(tapándole la boca, mientras* LOS CINCO SENTIDOS *encienden sus linternas).* — Silencio. Todos duermen. Te esperaba.

EL HOMBRE *(angustiado).* — No estabas en tu cuarto, creí, creí... ¡Qué angustia! ¡Hubiera sido horrible!

LA TENTACIÓN. — Hace calor. Quería hablarte en el jardín. Acércate.

EL HOMBRE *(tocándola al acercarse).* — ¡Oh! Estás desnuda.

LA TENTACIÓN *(separándolo con la mano).* — Sí, pero no me toques. Todavía no.

EL HOMBRE. — ¿Todavía no?

LA TENTACIÓN. — Espera.

EL HOMBRE. — Esperar... Esperar... ¿Más aún? Eres mi agonía...

LA TENTACIÓN. — Soy tu felicidad. Ven junto a mí.

EL HOMBRE *(acercándose, intenta besarla).* — ¡Oh! Quemas.

LA TENTACIÓN *(alejándolo con la mano).* — Sí, pero no me beses. Todavía no. Es pronto. Sepárate.

EL HOMBRE *(como sonámbulo).* — Todavía no... Es pronto... Sepárate... ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué haces esto?

LA TENTACIÓN. — Por amor.

EL HOMBRE *(sordamente, colérico).* — ¡Mentira! Para arrastrarme no sé a dónde, perdiéndome.

LA TENTACIÓN. — Para llevarte con más fuerza a mi cuerpo. Ven. Ven. Ya es tuyo. Acércate otra vez. (EL HOMBRE *lo hace tími-*

*damente.)* Más aún. Así. Ahora, bésame. *(Va a besarla, pero ella interpone su mano entre su boca y la de* EL HOMBRE.*)* Espera, espérate un momento. El último. Sólo el último. Se me olvidaba algo. Toma. *(Deja en su mano un puñal.)*

EL HOMBRE. — ¿Qué es esto?

LA TENTACIÓN. — La libertad. Vuelve en seguida. Entonces seré tuya. No tardes.

EL HOMBRE. — ¡Qué tristeza, qué desesperación infinitas! ¿Por qué me pides eso? No lo haré.

LA TENTACIÓN. — Sí, lo harás, porque yo te lo mando.

LOS CINCO SENTIDOS. — Y nosotros te lo exigimos, si no...

LA VISTA. — Se te secarán los ojos y vivirás inmóvil en una eterna noche cerrada...

EL HOMBRE. — Ella es inocente. ¿Por qué me pedís eso?

EL OÍDO. — ...Sin voces y sin ruidos... Sordo, como una piedra caída en el centro del mar...

EL GUSTO. — ...Seca la lengua, partida entre los dientes, llagada por tu propia sangre...

EL HOMBRE. — ¡Horrible, horrible! No lo haré.

EL OLFATO. — ...Parados tus pulmones, heridos de nostalgias celestes...

EL TACTO. — Acribillada tu carne, fija, sin movimiento...

LA TENTACIÓN. — Es decir, como muerto en la vida, o como vivo en la muerte, con tus cinco sentidos, pero paralizados.

LA VISTA. — Y querrás ver, y ya no verás nada.

EL OÍDO. — Y querrás oír, y ya todo será silencio.

EL OLFATO. — Y querrás respirar, y ya en la tierra se habrá secado el aire.

EL GUSTO. — Y la vida ya no te sabrá más que a cueva vacía.

EL TACTO. — Y nada sentirás, aunque te des cuenta de todo.

LA TENTACIÓN. — Un muerto vivo. La mayor pena. La desgracia más desoladora del mundo. Eso serás tú. Cumple lo que te mando. Anda. No tardes. Vuelve en seguida.

EL HOMBRE. — ¡Sombras malas! ¡Voces malas, turbias, crueles, callaos! No quiero oíros. ¿A dónde me lleváis? No iré.

LA TENTACIÓN *(empujándolo)*. — Ve. Se alegrará tu alma, respirará libre. Sufres mucho. Deja ya de una vez esta pesadilla. ¡Ven pronto!

EL HOMBRE. — ¡Infame, infame! Ahora ya sé quién eres. No hace falta que me jures tu nombre. No quiero oírlo. Te he conocido bien. Voy a golpearte, a asesinarte con el mismo puñal que has dejado en mi mano para matar la inocencia, que es lo que más te duele. Llamaré. Gritaré para que ella me oiga y salte de su sueño, y yo le cuente de rodillas, y yo le descubra, llorando, desgarrándome con las uñas la poca luz que aún le queda a mi alma, tu crimen, el doble crimen que traías en tu sangre, que amasabas con hiel en la corriente negra de tu sangre, desde antes que el mundo, el fuego, el viento, el mar, o lo que sea, te escupiera de un golpe contra los muros felices de mi casa. Pero... No, no la despertaré, aún no... Duerme tranquila. *(Levantando lentamente el puñal.)* Antes voy a matarte. Quiero que te vea muerta, quiero...

LA TENTACIÓN. — ¡Ja, ja, ja, ja, ja! *(Enseñándole el pecho.)* Anda. Hazlo. Aquí tienes mi pecho. Hazlo. Abre en él una cueva de sangre y entra tu mano hasta mi corazón. Retenlo fuerte. Apriétalo más fuerte. Más aún. ¡Ay! Ya me siento tus dedos. ¡Qué alegría! Después, arráncamelo, y en medio de las sombras levántalo ya muerto hasta tus oídos. Verás qué dice. Escucha bien lo que te dice. ¡Oh confesión final! ¡Oh pasión anterior al nacimiento de las llamas, al vértigo de los astros! Te lo dirá muy suavemente, muy sordamente, para que las estrellas y los ángeles no desciendan a oírlo. Luego, tápatelos, suéldate los oídos con dos piedras, pero para toda la vida. No vuelvas a escuchar nada. Prométemelo. Que nunca jamás otras palabras caigan sobre las tuyas, se mezclen con las de su secreto. Anda. Ven. *(Cogiéndole el brazo y apoyándose ella misma en la punta del puñal.)* Mátame. Empuja. Lentamente. O de golpe. Me da lo mismo. Mi corazón lo espera, saltando, para hablarte.

EL HOMBRE *(cayéndosele el brazo, sin fuerza).* — No... no puedo... Me es imposible. ¡Ay! *(Da la vuelta, en dirección de la casa.* LOS CINCO SENTIDOS *dejan sus árboles y se ordenan, haciéndole camino.* LA VISTA *y* EL OÍDO, *a un lado, junto a* LA TENTACIÓN, *y* EL OLFATO, EL GUSTO *y* EL TACTO, *al otro.* EL HOMBRE, *lentamente, abstraído, sórdido, monótono, andando hacia la alcoba, donde duerme* LA MUJER.)

Una paloma blanca
duerme en la nieve.
Quisiera despertarse,
pero no puede.
¡Ay, pero no puede!
Quisiera despertarse,
ir por la nieve.
Pero no puede, ¡ay!,
ir por la nieve.

*(Se enciende la ventana baja de la casa. Y sobre un lecho, inclinado hacia el jardín, con el cabello desordenado sobre el hombro, y el brazo desnudo sobre la sábana, duerme tranquila* LA MUJER. *Se ve entrar sólo el brazo de* EL HOBRE, *levantando el puñal. Todavía se oye, triste y lejana, su voz.)*

...Quisiera despertarse,
pero no puede...
¡Ay!
Una paloma blanca...

*(Silencio. Y baja el puñal, muy despacio, hacia el corazón de* LA MUJER. *Un momento antes de clavarlo, se hace el oscuro. Y, simultáneamente,* LOS CINCO SENTIDOS, *respirando hondo en el jardín, apagan sus linternas. Oscuridad absoluta.)*

LA TENTACIÓN *(muy bajo).* — Ha muerto. *(Pausa.)*

EL HOMBRE *(saliendo, cerrando la puerta, como sonámbulo, aún con el puñal).* — ¿Dónde estoy? ¿Cómo me llamo? Me arden los dedos...

LA TENTACIÓN. — Amor.

EL HOMBRE. — La tierra y mis espaldas se agrietan, se parten sacudidas de temblores. El mar es una tromba de sangre. Me he quemado las manos...

LA TENTACIÓN. — Amor, amor.

EL HOMBRE. — ¿Tienen voces las sombras? ¿Quién vive, quién habla en esta cueva?

LA TENTACIÓN *(tomándole por la espalda mientras* LOS CINCO SEN-

TIDOS *vuelven a encender sus linternas).* — Yo soy la que te hablo, la que te beso. *(Lo besa.)*

EL HOMBRE *(como enajenado, sin recordar).* — Tú... Tú... ¿Quién eres?

LA TENTACIÓN. — Yo, tu nueva vida.

EL HOMBRE *(dócilmente).* — Déjame... Voy hacia el océano, hacia el mar, hacia las olas heladas.

LA TENTACIÓN *(quitándole el puñal, arrojándolo al agua y separándose un poco de él).* — Vienes hacia mi, hacia mi boca, hacia mi cuerpo.

EL HOMBRE. — No, voy... a enfriar estas manos, a apagármelas en los mares más fríos...

LA TENTACIÓN. — No, vas... a encendértelas más en este fuego corriente de mi sangre...

EL HOMBRE *(mirándose las manos).* — ¡Oh sangre, sangre, sangre, su sangre! *(Llevándoselas a los ojos.)*

LA TENTACIÓN *(Deteniéndoselas).* — ¡No, no! ¡No te toques los ojos, te quedarías ciego! ¿A qué llorar, dime? Deja esas lágrimas inútiles que te impiden mirar mi hermosura, mi cuerpo lleno de alegría. *(Le limpia las lágrimas.)* Míralo, míralo ahora levantarse ante ti, en medio de la noche. Es tuyo todo él. Tócalo.

EL HOMBRE. — Tocar... tocar... *(Vuelve a mirarse las manos ensangrentadas.)* ¡Oh, qué angustia! Te achicharraría... Se te hundirían mis manos hasta más allá de tus huesos. Tocar... tocar... ¡Oh imposible!

LA TENTACIÓN. — No. Ven. Tráelas. *(Se las coge.)* Quiero que ellas me acaricien. *(Lavándoselas en el estanque.)* Pero limpias... frías... sin mancha...

EL HOMBRE *(mirando el agua).* — Su misma sangre enturbia su reflejo, el reflejo de ella, vivo siempre en este agua.

LA TENTACIÓN. — Deja. No recuerdes. Mírame sólo a mi. *(Agita el agua con las manos.)* Ya se ha aclarado el agua. Mírame junto a ti, en el fondo.

EL HOMBRE. — Sólo veo un puñal y un pez muerto.

LA TENTACIÓN *(apartándose del estanque).* — Deja. No recuerdes. Sécate tus manos en mi pelo. *(EL HOMBRE se las seca.)* Así, así.

*(Le hace levantar la cabeza hacia lo alto.)* ¡Oh! ¡Tiemblan las estrellas! Bésame.

EL HOMBRE *(después de besarla).* — ¡Oh crimen sin castigo!

LA TENTACIÓN. — Deja. No recuerdes. Ven. *(Lo coge del brazo.)* Ya me has besado. Ahora, déjate guiar. Ven donde yo te lleve. *(Lentamente van andando hacia el granero.* LOS CINCO SENTIDOS, *en fija, los siguen.)*

EL HOMBRE. — Llévame adonde quieras. Me abandono a ti.

LA TENTACIÓN. — A mí, sólo a mí.

EL HOMBRE. — A ti, sin remedio.

LA TENTACIÓN. — A mí sólo.

EL HOMBRE. — Para siempre.

LA TENTACIÓN. — Para siempre. *(Al entrar, el granero se oscurece hasta no verse nada.* LOS CINCO SENTIDOS *quedan alineados a lo largo del muro de la puerta.)*

LA VISTA. — Feliz.

EL OÍDO. — Dichoso.

EL OLFATO *(aspirando).* — ¡Oh!

EL GUSTO. — Feliz.

EL TACTO. — ¡Amor! ¡Amor!

LA MUJER *(en espectro, transparentándose una tela de araña del fondo del granero, aparece, empuñando un revólver).* — ¡Amor! ¡Amor! *(Pega un tiro a* EL HOMBRE *y desaparece.)*

EL HOMBRE *(cayendo sobre los haces de trigo).* — ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Señor!...

LOS CINCO SENTIDOS *(simultáneamente, con estridencia, apagando las linternas).* — ¡Ji, ji, ji, ji! *(Empieza a clarear.)*

LA TENTACIÓN *(saliendo del granero).* — El hombre ha muerto. Amanece. Sigamos adelante. *(Seguida de* LOS CINCO SENTIDOS, *huye por la puertecilla que da a la playa. Al pasar junto al montón de azufre, se incendia solo. La luz de la mañana aumenta. Sobre el mar remonta, inmenso, el sol. Una enorme araña de tentáculos negros baja, lentamente, hasta cubrir la cara de* EL HOMBRE. *Soñoliento, uno de los criados abre la puerta de la casa. La vida sigue.)*

TELÓN

# EPÍLOGO

DECORACIÓN: *La misma que en el prólogo. Está oscureciendo.* EL VIGILANTE NOCTURNO *aparece sentado sobre las piedras, como aburrido. Enciende su pipa. Bosteza. Fuma, siguiendo atentamente las bocanadas de humo. Por el fondo entra* EL HOMBRE. *Viene muerto, cayéndose, con un balazo en la frente, chorreándole la sangre por la cara y la pechera blanca de la camisa.* EL VIGILANTE NOCTURNO, *al verlo, se levanta. Disimuladamente, como para no ser visto, da la vuelta por la derecha, hasta caer a espaldas de* EL HOMBRE.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(dándole con suavidad una palmada en el hombro).* — Buenas tardes, caballero. *(*EL HOMBRE *se para. No responde.)* ¿Cómo usted a estas horas tan raras por estos sitios abandonados? Dígame. *(Dentro, lejos, suena un disparo de revólver.)*

1ª VOZ. — ¡Muerto! ¡Está muerto!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Me extraña mucho su silencio, amigo mío. ¿Qué tiene? ¿Por qué no me habla? ¿Se ha olvidado de mí? ¿No me reconoce? Es raro todo esto, caballero, verdaderamente raro. Incomprensible. Claro que... *(*EL HOMBRE *se inclina, rígido, como para caerse.* EL VIGILANTE NOCTURNO *lo sostiene.)* Pero... ¿qué le sucede, amigo mío? ¿Por qué se cae? Míreme. *(*EL HOMBRE *vuelve a quedar inmóvil.)* Le encuentro a usted muy cambiado: envejecido, triste, sin color en la cara, débil... *(Fijándose, de pronto, en la sangre.)* Pero... dígame: ¿qué es esto rojo que le baja de la frente hasta la camisa, caballero? No me había fijado...

2ª VOZ. — ¡Sangre! ¡Es sangre!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Amigo, algo terrible le sucede, confiésemelo, algo terrible que usted mismo no se atreve a contar. ¿No es así? (EL HOMBRE *continúa mudo.*) Primeramente, caballero, me he asombrado muchísimo de verle aparecer a estas horas por estos lugares intransitables, sonámbulo, medio cayéndose, como un hombre beodo. Después, de su silencio, amigo mío, de su silencio... Esa tristeza, esa lividez en su cara, esa herida en su frente... Luego... ¿sabe usted, caballero, lo que más asombro ha despertado en mí, más que su palidez, que su sangre, que su mutismo? Su soledad, amigo, su soledad. Viene usted solo, completamente solo, sin nadie. ¿Me comprende usted, caballero? ¡Sin nadie! ¿Será capaz de responderme ahora a esta pregunta, amigo mío? ¿A esta sola pregunta? Perdóneme. Dígame: ¿Y su mujer? ¿Dónde está? ¿Cómo no viene cogida de su brazo? Contésteme.

3ª VOZ. — ¡Muerta!

1ª VOZ. — La mató.

2ª VOZ. — ¡La asesinó!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¡Ay, caballero! Todo está perdido. Ahora empiezo a ver claro. Viene usted muerto, por eso no me habla. Es natural, amigo mío, es natural. ¿Cómo iba usted a responderme? ¡Pobre hombre! Le dejo. Ya se acabó todo. Adiós. *(Hace como que se va, y vuelve.)* Pero..., vamos a ver, caballero, vamos a ver. No quiero abandonarlo sin enterarme antes de una cosa. Y ahora va a contestarme, porque yo se lo mando. Respóndame. ¿A qué ha venido aquí? ¿Qué fuerza le ha empujado hacia estos lugares? *(Tocándole el corazón.)* Hable. *(Se ha hecho de noche, y las estrellas empiezan a encenderse.)*

EL HOMBRE *(cayendo de rodillas.)* ¡Señor!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Ya hablaste, por fin. ¿Qué quieres?

EL HOMBRE *(suplicante).* — ¡Señor! ¡Señor!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Qué me suplicas arrodillado y solo? Alguien te falta a tu derecha. ¿Dónde está?

EL HOMBRE. — Señor, no me preguntes.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Dónde está?

EL HOMBRE. — ¡Por favor! ¡No hagas mover mi lengua, déjamela muerta, pesada entre mis dientes! Tú debes saberlo todo.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — No la veo junto a ti. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho de ella?

EL HOMBRE. — Eres cruel, Señor... Le di muerte... La asesiné. Tú no lo ignoras.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(levantando a* EL HOMBRE *brucamente)*. — ¿Y por qué la mataste, dime? ¿Era mala contigo?

EL HOMBRE *(desesperado)*. — Señor, no me atormentes. Tú lees dentro de mí. Ahórrame las palabras.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Responde a mi pregunta.

EL HOMBRE. — Fuí vencido, Señor, fui vencido.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — No mientas en tus últimos instantes. Te dejaste vencer.

EL HOMBRE. — ¿Y tú, en tanto, qué hacías? ¿Por qué no viniste en mi socorro?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Sólo pronunciaste mi nombre en el momento de tu muerte. Cuando no había remedio. Mientras fuiste dichoso, jamás te acordaste de mí.

EL HOMBRE. — No te necesitaba... Pero... ¡mi muerte, Señor, mi muerte! ¡Qué sombra más oscura! ¿Quién me quitó la vida? ¿Cuándo la perdí? Nado en las tinieblas.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Cuando entre los haces de trigo y las arañas cometías tu segundo crimen.

EL HOMBRE. — Ya recuerdo, Señor... Pero fué ella..., mi mujer.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — No: fué su espectro...

EL HOMBRE. — ...Su sombra asesinada, su espectro, el que me dio la muerte...

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Sí, de un tiro.

EL HOMBRE. — Pero, dime, Señor, ¡ella era tan buena!... ¿Cómo pudo hacer eso?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Se lo mandé yo. Yo le entregué el revólver del castigo.

EL HOMBRE *(con miedo, al ver aparecer por el fondo y con el mismo traje que llevaba cuando disparó contra él, a* LA MUJER, *que avanza lenta y débilmente iluminada, llevando aún el revólver en la mano caída)*. — ¡Oh! ¿Quién avanza hacia mí, Señor?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Un remordimiento hecho sombra. (LA MUJER *sigue avanzando hasta pasar cerca de* EL HOMBRE *que,*

*atónito, hace ademán de tocarla.)* Es inútil que intentes quemarte los dedos en la sangre helada de un crimen.

EL HOMBRE. — ¡Pero si es ella, es ella la que pasa! Deja que me arrodille. Déjame que toque siquiera el aire de su túnica.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Haz la prueba, si puedes.

EL HOMBRE *(intentando acercarse a* LA MUJER, *anhelante, pero sin conseguir moverse del sitio donde está).* — Me has clavado, Señor, entre estos escombros para que ni la súplica de perdón que estremece mi lengua pueda llegar a ella, restañándole, cosiéndole esa herida por donde se le fué el soplo de su alma. *(*LA MUJER, *ya de espaldas a* EL HOMBRE, *sigue, borrosa, su camino hacia el fondo. Pausa.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Ni te ha reconocido. No sabe ya quién eres.

EL HOMBRE. — ¿Y serás tú capaz de dejarme esta pena para toda la vida de mi muerte, Señor? Va a desaparecer. Permíteme una sola palabra, un grito, algo que la conmueva un segundo. ¡Que se lleve en su oído un eco de mi angustia, una sílaba de mi arrepentimiento!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Haz la prueba, te digo.

EL HOMBRE *(sin lograr movimiento).* — Ya que me es imposible detenerla, que me oiga, Señor, te lo suplico, aunque sea sin mirarme, sin volver la cabeza hacia esta desesperación aún en forma de hombre.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(al mismo tiempo que* LA MUJER *desaparece).* — Los desaparecidos ya no pueden oír.

EL HOMBRE *(después de un silencio lleno de estupor).* — Señor, perdóname. Acércate hasta mí. Concédeme esta gracia.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(acercándose).* — ¿Por qué no?

EL HOMBRE *(al oído).* — Eres un criminal.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(retrocediendo).* — ¿Qué has dicho? ¿Cómo te atreves contra tu creador? Estás condenado. Se agrietará la tierra dentro de unos instantes y de su boca saltarán diez mil lenguas de fuego. Los azufres más verdes te arrancarán la garganta, arrasándote las encías y...

EL HOMBRE. — ¡Mi creador! ¡Un criminal, Señor, un criminal! Tú, en vida, me rodeaste de monstruos sólo para perderme. Tú, en

vida, cuando era más feliz, me mandaste un demonio, un ángel del abismo, para arrastrarme ahora al fondo de la tierra. ¡Mi creador! ¡Un asesino, sí! Porque tú, Señor, puesto que ya lo sabías todo, lo manejabas todo, conocías todos los resortes y secretos nublados de mi alma en el mundo, bien pudiste evitar estas catástrofes, mandándome una luz, un aviso celeste, o habiéndome creado de otro modo. Yo no tengo la culpa, yo...

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¡Cállate! La tienes, sólo tú.

EL HOMBRE. — ¡Mentira!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¡Hombre rebelde, me das pena! Estás ardiendo ya. Yo, al principio, cuando te traje al mundo, te advertí que tuvieras cuidado, que aquellos cinco amigos inseparables que te dí como acompañantes de tu vida, eran muy peligrosos, si no sabías conducirlos con tacto. Y te añadí, además, acuérdate bien, que tu salvación o perdición estaba en ellos.

EL HOMBRE. — ¡Y me han perdido, Señor, y me han perdido! Y tú ya lo sabías desde mucho antes de dármelos. Y me los diste para esto, sólo para esto, escúchalo: para que un cuerpo más, el mío, aumentara la altura de las llamas, espesando la tristeza, la negrura, la agonía del humo. Te odio, Señor, te odio. No me asusta decírtelo.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Estás ardiendo ya. Hablas como los ángeles rebeldes que sacuden con sus alas el sueño subterráneo de las chispas.

EL HOMBRE. — Estoy ardiendo ya, lo sé. Y ojalá que este fuego que ya empieza a consumirme las raíces del alma, saliera por mis poros, y te dejara a oscuras, ciego, hecho cenizas, sin comprender nada, como tú me has dejado a mí. *(De la boca de la alcantarilla empieza a desprenderse un humo blanquecino.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Comprender..., comprender...

1ª VOZ SUBTERRÁNEA. — ¡Ay! ¡Ay!

EL HOMBRE *(asustado)*. — ¿Quién se queja, Señor?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Las sombras, tus amigas.

EL HOMBRE *(cayendo de rodillas, suplicante)*. — Señor, tengo miedo... No sé nada. Perdóname.

2ª VOZ SUBTERRÁNEA. — ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!

EL HOMBRE. — ¿Qué gritan, señor?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Llaman. Te están llamando.

EL HOMBRE. — ¿A mí?

EL VIGILANTE NOCTURNO. — A ti. Levántate.

EL HOMBRE. — Señor, déjame aquí clavado, de rodillas, para siempre, ¿A dónde me llevas? No me martirices.

EL VIGILANTE NOCTURNO *(levantándolo)*. — Levanta. *(Llevándolo hacia la boca de la alcantarilla.)* Ahora vas a asomarte a tu nuevo camino. *(Ya delante de la boca.)* Mira hacia abajo.

EL HOMBRE *(tapándose los ojos y retrocediendo)*. — ¡Oh!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Ese camino oscuro te bajará hasta los séptimos pozos de la tierra.

EL HOMBRE. — ¡Señor, perdóname! Yo luché, combatí contra tus cinco monstruos... Grité, me desesperé hasta caer rendido... ¡No quería, Señor, no quería! Tú también lo sabes... Fuí derrotado, porque quisiste..., porque tú así lo habías dispuesto desde mil siglos antes de concederme la vida. Y hubiera sido inútil toda súplica, todo llanto, toda llamada a ti...

EL VIGILANTE NOCTURNO *(sin hacerle caso)*. — Allá en lo hondo, en la última cueva, te espera nuevamente tu crimen. Toda la eternidad, de segundo en segundo, como en sueños, volverás a repetirlo. Fíjate. ¡Toda la eternidad! ¡Siempre! Cuando llegues abajo, un puñal de sangre, avivada con fuego, saldrá a recibirte. *(Aumenta el humo de la alcantarilla.)*

LA TENTACIÓN *(sacando medio cuerpo por la boca de la alcantarilla, mientras* LOS CINCO SENTIDOS *asoman sus máscaras por los toneles, encendidas las linternas)*. — Soy yo, mi amor, la que sale a tu encuentro. Vas a vivir conmigo para siempre. Es la hora de la llama. Acércate. No te había olvidado. ¡Ven!

EL HOMBRE. — ¡Esa mujer, Señor, esa mujer! ¡Que yo nunca la oiga! ¡Y estos monstruos, Señor! ¡Quítalos de mi vista! ¡Que no se queden dentro de mis ojos cerrados! ¡Que sea la oscuridad más absoluta y no esas cinco lámparas siniestras la que viva por siempre en mis cuencas vacías. *(*LA VISTA *se aproxima a* EL HOMBRE, *enfocándole la linterna a los ojos.)* Sí, tú eras mi vista, los ojos que me hicieron ver la luz de los astros... *(*LA VISTA *apaga su linterna, volviendo a su tonel.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ...pero que tú volviste noche negra, cerrada.

EL HOMBRE *(al acercarse* EL OÍDO*)*. — Te reconozco. Eras mi oído, el que me hiciste oír sobre la tierra las músicas celestes... *(Vuelve a su tonel.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ...pero que tú volviste silencio profundo.

EL HOMBRE *(al acercarse* EL OLFATO*)*. — ¡Ah! ¡Qué recuerdo de ti! ¡El olor de su piel, entre los jazmines y azahares!... *(Vuelve a su tonel.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ...pero que tú cerraste para el aire que precipita el pulso del deseo.

EL HOMBRE *(al acercarse* EL GUSTO*)*. — No te vayas. Se me agrietan los labios de zumo de limón y en la lengua me cantan sales marinas... *(Vuelve a su tonel.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ...pero que tú deseaste que te supiera sólo a muerte.

EL HOMBRE *(al acercarse* EL TACTO*)*. — ¡No! ¡Ya no puedo! ¡Vete! ¡Pero no, no te vayas! Mis manos están llenas de memoria... ¡Que yo, Señor, pierda todo menos esto!... *(Vuelve a su tonel.)*

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ...tú mismo las helaste, hasta dejarlas insensibles... Ya todo murió en ti.

LA TENTACIÓN. — Sólo te quedo yo. Lo demás ya no existe. Vamos.

EL HOMBRE. — ¡Esa mujer, Señor, esa mujer! ¡Esa voz, que me hunde! ¡Que yo nunca la oiga! Ella tuvo la culpa. Tú me la mandaste, Señor, para que atravesara mis oídos y me hiciera rodar hasta el abismo de este horno. ¿Por qué lo permitiste tú, Señor, por qué lo permitiste? ¡Tú, tan bueno, que me creaste solamente para la felicidad y la alegría! Dímelo, antes de que esta boca se cierre, devorándome a la luz de los astros. ¡Que no me hunda en esta cueva sin saberlo! (EL HOMBRE *mira hacia lo alto en el instante en que se apagan las estrellas.*)

EL VIGILANTE NOCTURNO. — ¿Ves? Se han apagado las estrellas. ¿Comprendes? (EL HOMBRE *se encoge de hombros, sin entender.*) En mí todo es secreto. ¿Por qué voy a revelártelo a ti?

EL HOMBRE. — Arderé odiándote, Señor.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Hablas como los ángeles caídos. Pero

aún eres menos que el último de todos: ¡un simple hombre condenado! (*Aumenta el humo mientras* LA TENTACIÓN *se hunde muy lentamente.*)

VOCES SUBTERRÁNEAS. — ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Oye sus voces: me llaman para maldecirme.

EL HOMBRE. — Yo también te maldigo.

EL VIGILANTE NOCTURNO (*cogiéndole por el cuello de la chaqueta y haciendo ademán de levantarlo para arrojarle por la boca da la alcantarilla*). — Ya no eres de este mundo. Tu alma ya es desprecio de las llamas. Ahora va a arder también tu cuerpo. (*Despacio, lo hace descender.*)

EL HOMBRE. — Eres injusto.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Sé muy bien lo que hago.

EL HOMBRE. — Te aborreceré siempre.

EL VIGILANTE NOCTURNO. — Y yo a ti, por toda la eternidad. (*Desaparce* EL HOMBRE. *La boca arroja una espesa columna de humo negro.* EL VIGILANTE NOCTURNO *lo ahoga, echándole la tapa. Luego, la cierra, dándole varias vueltas a su llave.*) Así. Mis juicios son un abismo profundo. (*A oscuras, en silencio, desaparece por el fondo.*)

TELÓN